

III CONCURSO DE REDACCIÓN
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

CURSO: 4º ESO

PRIMEROS PREMIOS

Alumna: Rocío Gómez Llopis

Centro Docente: Punta Galea (Las Rozas)

LAS NIÑAS SE VISTEN DE ROSA

Desde que el mundo era mundo y las laderas rodeaban los ríos, y los ríos recorrían las montañas, y las montañas arañaban el cielo, y el cielo resoplaba de dolor creando volutas de nubes, los colores habían estado allí. Tiñendo bosques verdes, la luz dorada del Sol, peleando por vencer a los demás en la batalla que suponía el camino del arcoíris, los colores pigmentaban todo aquello que encontraban sin detenerse jamás a descansar.

No todos los colores eran amigos, sin embargo: Verde y Marrón apenas si se podían ver, por lo que habían llegado a la conclusión de que, mientras que uno ocuparía la primavera, el otro reinaría sobre el otoño y, para asegurar que ninguno de los dos invadiese el espacio del contrario, llamaron a Amarillo y Blanco con el fin de que ambos se pusieran entre ellos y les cediesen gradualmente el terreno en verano e invierno. Otro tanto sucedía con el señor de la nieve y Negro, que se declararon la guerra en el origen de los tiempos porque eran incapaces de coincidir y no tratar de eclipsarse mutuamente.

Pero este no era ni mucho menos el caso de Azul y Rosa. Azul y Rosa se habían sentido inevitablemente atraídos el uno por el otro desde el día en que se conocieron durante una puesta de sol; allí, mientras el cielo se tornaba en un lienzo de acuarelas, se juraron su amor eterno y prometieron volver a encontrarse cada amanecer y cada atardecer, como harían a partir de entonces todos los grandes amantes.

Azul y Rosa se consideraron iguales al otro desde el principio. Ninguno tenía aquellos aires de superioridad de otros colores, ni pensaban que debiesen mirarse a la cara con prejuicios, dando por hecho unos papeles que ni siquiera ellos mismos conocían ni entendían. Ambos comprendían que eran diferentes, que ninguno de los dos podría compararse con el otro porque cada uno de ellos tenía sus flaquezas y sus fortalezas, sus altos y sus bajos, y poco podía interesarles la opinión de los demás: se limitaban a disfrutar de sus fugaces encuentros bajo la mirada somnolienta del Sol y a regalarse su mutuo amor.

Pero conforme el tiempo pasaba, comenzó a plantearse un problema: desde que había surgido, a Azul no habían parado de insistirle en que él era un color primario, de máxima importancia y en el escalón más alto del orden social de los colores, mientras que Rosa, por el contrario, no era más que una mezcla, origen del burdo contacto entre Rojo y Blanco, y sin duda inferior a él. Y pese a que los dos enamorados hicieron caso omiso a esas palabras pronunciadas por colores que eran incapaces de percibir el mundo como algo más que una serie de divisiones, tantas y tantas veces se repitió el mensaje que, poco a poco, como una gota de agua que cae imbatiblemente golpeando una roca, acabó por erosionar la verdad en las

mentes de Azul y Rosa. Y de esa manera, comenzaron a tener lugar situaciones que nunca deberían haber tenido lugar: a Rosa se le relegó a una serie de tareas que, aunque realizaba encantada, no siempre le eran suficientes. Quería probar a teñir los grandes mares, o a cubrir el mundo durante algo más de tiempo que los breves amaneceres y atardeceres, pero siempre que lo intentaba se encontraba con la firme negativa del resto de los colores, que consideraban que aquello no era lo apropiado. Mientras tanto, Azul no tenía permitido detenerse a colorear las alas de las mariposas ni los pétalos de las flores preferidas de su amada, puesto que tenía funciones más importantes que cumplir y a las que dedicar su tiempo. Incluso, en alguna ocasión, cuando ambos se encontraron al caer el día y pelearon, enfadados, Azul decidió dejar caer la noche anulando con ello la voz de Rosa, pensando que su posición de color primario le daba a derecho a ello. Y Rosa, en vez de denunciar ese problema inadmisibles, creyó que ser una mezcla le restaba el derecho a protestar, y calló.

Hasta que un día, llegó una guerra, y todos los colores se vieron obligados a dejar paso a Gris, que había sido coronado al inicio de los tiempos como señor del humo y la tristeza. Azul, como tantos otros colores, se sintió desorientado, puesto que ya no era él quien pigmentaba el cielo y los océanos, ya no dominaba las poderosas olas ni delimitaba los grandes continentes, y parecía que no tenía cabida en el mundo. Rosa, por otro lado, estaba más atareada que nunca, ya que sólo si ella acariciaba las mejillas de los niños, o estaba presente en los hospitales para introducirse en los recién nacidos y llenarlos de color, parecía que Gris decidía no apoderarse de ellos como hacía con todo lo demás.

Por lo que, cuando la guerra por fin terminó y todos los colores volvieron a sus lugares de siempre, a Azul no le quedó más remedio que disculparse, y Rosa tampoco tuvo otra opción que aceptar su propia importancia. Lentamente, ambos rompieron las barreras que su sociedad había instaurado en sus mentes, y se permitieron llegar a aquellos lugares que siempre se les habían prohibido. Aunque a veces Azul recuperase su prepotencia o Rosa no se sintiese digna de defenderse, acabaron por volver a entenderse y, una vez más, como había sido siempre en un principio, disfrutaron de su mutuo amor y se regalaron su cariño cada amanecer y cada atardecer.



Alumna: Xcaret Quiroz Sidera

Centro Docente: La Senda (Getafe)

OYE, MAMÁ, ¿EN QUÉ PIENSAS?

Bueno, aquí estoy otra vez, menudo lío que me han montado para salir del trabajo. Puf, ¿por qué no habrán llamado a mi marido? Esta semana tiene el turno de tarde, pero claro, los niños son obligación de la madre, ¿no? ¡Qué cara! Bueno, bueno, ya está hecho. Y ahora médico, enviaré una notificación al trabajo de que cubriré esta hora en otro momento; y luego... a ver... déjame pensar, ¡ah, sí!, a natación. Menudo día me espera, todo el rato de arriba abajo y, claro, él no va a mover un dedo. Mira, yo le quiero mucho, pero más vago, imposible. ¡Ay, dios! ¡Y mañana es sábado! La que me espera, menos mal que he dejado la lista de la compra hecha. Si se lo hubiera dejado a Nacho probablemente se compondría de pizza, helado y muchos dulces, sobre todo dulces, le fascinan las palmeras de chocolate. ¡Ah!, por cierto, ¿sabéis quién es Nacho? ¿No? Qué despiste. Nacho es el pequeño granuja que ahora tiene 38º de fiebre y la causa de mi bronca en el trabajo. También está Clara, mi pequeña no tan pequeña, ya tiene 15 añazos, es un cielo; me ayuda mucho con las tareas de casa, aunque siempre me recrimina que el pequeño no hace nunca nada. La verdad, tiene razón, pero es que es el niño y es más pequeño. Ya tendrá tiempo. De acuerdo, llegar a casa y a ponerme con la comida, o espera, ¿la habrá hecho? No, hombre, ¡qué va a hacer este! Es más fácil vivir a mesa puesta, ay, un día cojo la puerta y me voy, a ver cómo se las apañan. Pero claro, como esto del médico se retrase mucho no voy a poder ir a llevarle el cuaderno que me ha pedido Clara, y si mandara a su padre a llevárselo... Quitá, quitá, para que se

lo lleve equivocado ya se lo llevo yo, que menudo desastre, hace las cosas sin ganas y así no se puede.

Ahora que lo pienso...qué sucio tenía el baño la tía Laura el otro día, madre mía, ¿no conoce lo que es la bayeta? Una pasadita rápida aunque sea... Un momento, ¿y por qué ella? Ella se encargó de toda la comida, que por cierto estaba deliciosa, probablemente se pasó la mañana cocinando, había una cantidad industrial de comestibles. ¿Por qué no lo puede pasar él? ¿Acaso es manco? No, ¿no?, pues no hay excusa que valga. Si es que si no se les manda no hacen nada y luego somos nosotras las malas. Yo ya tengo en casa el mote de “la mandona”, pero aquí para poner lavadoras, lavar los platos y limpiar nadie mueve un dedo. ¡Ay, no! Limpieza. El domingo toca. Bueno, me levantaré temprano, un buen café y repondré fuerzas. Repartiré las tareas y bueno, después de haber terminado con las mías probablemente me tocará ir detrás de lo que han hecho estos dos repasándolo. El último día igual, menuda mancha que dejó mi señor esposo, ¡parece que no tiene ojos! Menos mal que solo le tocaba fregar, que como le mande algo más me lo deja peor de lo que estaba. Que luego menudas manos tiene, si es buenísimo cuando juega con Nacho con los *Legos* a montarlos, pero qué le vamos a hacer si no pone interés, ¡que está mayorcito, las cosas no se hacen solas!

Me da a mí que esta semana no paro, hoy esto, mañana a por la compra que tengo la nevera vacía y el domingo a limpiar. Espero que no se quieran venir los niños a hacer la compra, que como vengan va a venir también Juan, mi marido, y es inaguantable la cara de perro que me pone. Que sé que no le gusta ir a hacer la

compra, pero hijo de mi vida, que será un rato y volvemos a casa. Un ratito y podrás volver al sofá a hacer nada. ¡Dios, dame paciencia! Si a mí también me gusta el sofá y quedarme a dormir hasta tarde, pero si no hay tiempo, no hay. Hay que entender eso. Salgo de trabajar y cuando llego a casa empieza realmente mi jornada.

¡Ay!, ahora que me acuerdo. El otro día oí a Clara decirle a su hermano “tú no sabes hacer esto, deja, ya lo hago yo”. La adoro, pero tiene tan poca paciencia como su padre. Sé que Nachito no lo hace perfecto, o tan bien como lo haría ella, pero tiene que aprender. El problema es que no aportamos el tiempo suficiente que se necesita para enseñar a una persona a hacer bien las cosas, es complicarse un poco la vida, pero luego nos enfadamos igual así que no sé yo qué nos conviene más. ¿A quién quiero engañar? A mí también me exaspera muchas veces. Bueno, Nacho, Clara y su padre. ¡A mí me exasperan todos! Si es que por evitar discusiones y enfados lo acabamos haciendo nosotras, que lo hacemos más rápido y a nuestro gusto, todos contentos. Pero normal que acabe derrotada al final de la semana, desde luego para mí no hay tregua.

No sé yo, quizá le esté dando demasiadas vueltas, si es que el machismo lo creamos nosotras y luego claro, nos quejamos. En eso sí tienen razón, somos licenciadas en encontrar el peor punto de vista de las cosas para juzgarlo, pero es *nuestra naturaleza*, somos más meticulosas. Nos gusta que las cosas se hagan bien, que la casa quede recogida, que la ropa esté limpia, planchada y doblada, que el patio no sea un jardín silvestre, en fin, cosas en las que nos fijamos a las que solo nosotras le damos importancia. Pero bueno, que me voy del tema. Creamos el

machismo, lo incrustamos en las personas desde pequeños, pero nosotras, las madres. Y lo hacemos con pequeñas e insignificantes cosas que como siempre acababan haciéndose una bola gigante; sin ir muy lejos, para las tareas de casa, nuestras hijas son la primera opción; para cocinar es en ellas en quien empleamos más tiempo... Y a ellos, qué le vamos a hacer, se lo perdonamos un poco, no están acostumbrados, pero, ¿por qué? Porque nosotras lo hemos hecho así. ¡Si ya lo decía mi madre! Si quieres cambiar el mundo, empieza por cambiar tú mismo.

Debo de llevar mucho tiempo divagando, casi he llegado al médico.

–Mamá, ¿en qué piensas?

–Nada, hijo, solo estoy cansada.

Alumna: Patricia Martínez Hernández

Centro Docente: León Felipe (Torrejón de Ardoz)

EL JARDÍN DE LAS ROSAS AZULADAS

Nací entre un jardín de rosas azuladas hace exactamente medio siglo, y ¡hay que ver, cómo pasa el tiempo!

Vivía en una pequeña granja a las afueras de un pueblo francés con mi madre y mi padre. En esos tiempos era un poco más difícil ir de un sitio a otro y sólo había un pequeño centro de salud en cada pueblo.

Mi padre trabajaba la mayor parte del tiempo fuera de la granja, incluso del pueblo, y mi madre se ocupaba del cuidado de la casa y de la granja. Por ello, cuando dio a luz, no le dio tiempo a llegar al centro de salud del pequeño pueblo y sólo pudo pedirle ayuda a la vecina de la granja más próxima a la nuestra. Esa mujer tan amable acomodó a mi madre en un banco que había en nuestro jardín y allí es donde yo nací.

A partir de ese momento, mi vida en mi infancia era de color rosa, al igual que los vestidos que llevaba puestos cada día, incluso la primera muñeca que me regalaron tenía un vestido y una cinta rosa en el pelo.

Sin embargo, un día, ya con unos ocho años, me di cuenta de que en esa granja cercana a la mía, vivía un niño uno o dos años mayor que yo. Estaba jugando con otros tres niños al balón, se lo pasaban muy bien en compañía y a mí, acostumbrada a estar sola siempre, me entró la curiosidad por saber qué se sentía al jugar en compañía. Me acerqué a ellos, pero no se fijaron en mí hasta que uno de ellos le dio

una fuerte patada al balón, haciéndole llegar hasta mis pies, calzados con unos zapatos rosa pálido.

-Hola, me llamo Ana, ¿puedo jugar con vosotros?

-¿Con nosotros? ¿Al balón? ¡Pero si eres una niña! Vete a jugar con tus muñecas.

Los otros niños no paraban de reírse por ese comentario que había hecho uno de ellos mientras venía a quitarme el balón, que seguía quieto en mis pies. Pero antes de que ese grosero niño llegase hasta mí, aproveché para darle una patada al balón y mandarla lejos, antes de que ellos dijeran algo por lo que había hecho, salí corriendo con lágrimas en los ojos hasta llegar al huerto donde estaba mi madre regando los tomates.

-¡Madre, no me dejan jugar al balón los niños de aquella granja! – le gritaba a mi madre, mientras corría hacia ella y le señalaba con mis pequeños y delgados dedos aquello a lo que me refería.

-Hija mía, son mayores que tú y les gusta hacer otras cosas, mientras, juega con tus juguetes, hasta que bajemos al pueblo y hagas amigas.

-¡Pero madre, yo quiero jugar al balón! ¡Quiero jugar con ellos!

Mi madre calló, sabía que era difícil convencerme de algo, hasta que me diera cuenta yo sola de que iba a resultar difícil jugar con ellos. O no tanto.

Me dirigí hacia el banco donde hace ocho años nací, aún estaba rodeado de aquellas hermosas rosas azuladas. En el centro, sentado en el banco estaba Juan, uno de los niños con los que quería jugar al balón.

-Hola Ana, mis amigos se han ido, si quieres yo puedo jugar contigo al balón.

Asentí mientras una sonrisa salía en mi rostro.

La verdad es que se me daba bastante bien eso de jugar al balón. Estuvimos jugando durante varias horas y terminamos descansando, sentados en la verde hierba, donde asomaban sobre ella tímidas margaritas blancas y se podían ver revoloteando de vez en cuando a unas revoltosas mariposillas de diferentes colores.

Minutos más tarde se me ocurrió la idea de jugar con mis muñecas a imaginarnos ser médicos. Él al principio no quería porque era un “juego de niñas” pero le convencí y él se lo pasó tan bien como yo jugando con el balón.

En ese momento, ambos nos dimos cuenta de que tanto chicos como chicas, podemos hacer las mismas cosas, se nos puede dar mejor hacer una cosa y peor hacer otra, pero estamos capacitados para hacer todo aquello que nos gustaría hacer a lo largo de nuestras vidas.

Fuimos creciendo y Juan pasó a ser mi Juanito, mi mejor amigo, aquel que a pesar de ver cómo los niños y niñas de nuestra edad nos miraban raro o se reían de nosotros por estar tan unidos y jugar a las mismas cosas, nunca me dejó de lado. En nuestra adolescencia yo empecé a crear un equipo de fútbol femenino con otras chicas del pueblo y él estudió Medicina.

Nos ayudábamos en todo, al final, estuvimos saliendo juntos como pareja y actualmente estamos casados. Tenemos un hijo y una hija, ya bastante mayores. A mi hija la regalamos en su primer cumpleaños un balón azul y a mi hijo un osito de peluche morado, que ahora han pasado a manos de mis nietos.

Mi marido y yo pensamos que la mejor manera de desarrollar la igualdad de oportunidades es empezando desde cero, por la educación de nuestros descendientes puesto que ellos, son el reflejo de nuestro futuro.



Alumna: Irene Muñoz Zarco

Centro Docente: La Inmaculada (Guadarrama)

SONABA EL DESPERTADOR Y NI AÚN EL SOL HABÍA DESPERTADO

Sonaba el despertador y ni aún el Sol había despertado. Eran las seis de la mañana y me esperaba un día duro de trabajo en casa, ayer mi pareja invitó a sus amigos a ver el fútbol a casa dejó todo hecho un desastre. Mientras descansaba para más tarde ir a la oficina, yo preparaba la ropa para los niños, el desayuno y la merienda que tenían que llevar al colegio, les desperté con un tierno beso y un ataque de cosquillas, y una vez listos les llevé a clase. Llegábamos un poco tarde y un montón de pitidos a modo de insulto chocaron en mi parabrisas, entre ellos se distinguían gritos diciendo que conducía mal y que no servía para estas cosas.

Una vez los niños en el colegio, agarré la lista de la compra y me dispuse a comprar todo para hacer la comida. Allí en el supermercado me encontré a unas amigas y fuimos a tomar un café, fuimos de compras, tanto para la casa como para cuidarnos un poco, una crema hidratante había salido y estaba deseando probarla, con esto y la dieta que estoy haciendo este verano estaré espectacular. Llegué a casa por fin, y el sofá me tentaba a descansar, pero en seguida me puse a barrer, fregar, ordenarlo todo, planchar y demás tareas domésticas y fui a por mis hijos al colegio. Di de comer a los niños, recogimos la mesa y los llevé con sus abuelos.

Ahora, era mi pequeño momento, había quedado con mi pareja para cenar y no sabía que ponerme, qué peinado llevar o simplemente cómo actuar, no suelo ser una persona nerviosa, pero la ocasión merecía que estuviese así...

Llegué al restaurante y ahí estaba ELLA, mi mujer, que venía de una reunión importante de su empresa, ella estaba orgullosa de mí, ya que soy de los pocos hombres que realizan estas tareas domésticas mientras su mujer trabaja fuera de casa.

Si recuerdas brevemente lo que acabas de leer, la mayoría, por no decir todos, hemos pensado en una mujer como protagonista del fragmento hasta el final, aquella que cuida de los niños, realiza las tareas del hogar, conduce mal, se preocupa por su aspecto físico y demás prejuicios que encasillamos a una mujer simplemente por su sexo. Esto demuestra que no existe una igualdad de género, y que tenemos interiorizadas ciertas tareas o comportamientos que "pertenecen" a mujeres, cuando no debería ser así, ya que todo eso podría ser ejecutado por un hombre.

Desde pequeños se nos han inculcado directa e indirectamente estos pensamientos. Las niñas de rosa, los niños de azul. Los niños juegan al fútbol, las niñas juegan con muñecas. Si una chica juega al fútbol, es un marimacho, si es el niño el que juega con muñecas, un nenaza. Y así, miles de ejemplos sencillos y más profundos que afectan a la mentalidad de una sociedad perjudicada, una sociedad formada por mujeres y hombres, con distintas características, distinta personalidad, destrezas, formas de pensar y trabajos que necesita de esta igualdad.

Lee de nuevo el primer fragmento, e imagina al protagonista como un hombre, ¿no debería parecernos tan normal como en la primera lectura cuya protagonista pensábamos que era una mujer? Por supuesto, eso pretende la igualdad de género.

Alumna: Elisabeth Toledo Rodríguez

Centro Docente: Virgen de Atocha (Madrid capital)

SE NECESITA INTELIGENCIA FEMENINA

Daniel

Otro diez, como era de esperar en Melisa. “Algún día será una gran criminóloga”, pensé. Ya llevaba un año de prácticas y ella era mi mejor alumna. Es increíble que en dos días se gradúe. Todos los alumnos suplicaban a sus maestros que les pusieran interrogatorios fáciles, en los que el acusado era culpado de delitos menores. Todos excepto Melisa, ella quería asesinos, depredadores sexuales y todo tipo de criminales peligrosos. Era difícil de imaginar que una chica con un aspecto tan frágil quisiera correr tales riesgos; de hecho, este tipo de interrogatorios solían reservarse a hombres corpulentos, que intimidasen al criminal, que consiguieran asustarlo lo suficiente como para obtener la ansiada confesión. Bien es cierto que Melisa era una chica lista y con amplios conocimientos de psicología, pero no estoy seguro de que consiguiera intimidar a un criminal de alto riesgo, aunque reuniese toda su persuasión para sonsacar la información necesaria. Esto podría resultar un tanto injusto, puesto que aquellos que tratan con los criminales más peligrosos son los que se llevan los mejores puestos en la comisaría. Los más débiles, que suelen ser principalmente las mujeres, se resignaban a lo que sus superiores les permitían, y dado que estos superiores eran hombres —porque eran los que se quedaban con los casos más difíciles— las cosas continuaban así.

—¿Viene con nosotros de vuelta a la comisaría, Daniel? —oí decir a la encantadora Carmen.

—Por supuesto —respondí.

Melisa

Entré sonriente por la puerta de la comisaría, se trataba de uno de esos días en los que te sientes capaz de todo. Saludé a Carlos y a Ricardo, mis compañeros de equipo. Por último, sonreí a Daniel, él, que había sido mi profesor favorito hará dos años, cuando aún no me había graduado.

—¿Os habéis enterado? Pedro Roldán se ha jubilado. De hecho están buscando a un nuevo líder para el equipo que acaba de abandonar —dijo Daniel mientras intentaba no quemarse las manos con la taza de café que cogía de la mesa.

—¿En serio? —pregunté con fingida indiferencia.

—Sí, las pruebas comenzarán mañana. Resulta que han detenido a un asesino de mujeres, ese monstruo las violaba y después las enterraba vivas. Llevan varias semanas interrogándolo y no han conseguido que desvele la localización de los cadáveres. El candidato que lo consiga se quedará con el puesto que ha quedado vacante.

Algo parecido a una llama creció en mí. Sabía que era mi oportunidad, siempre había querido tener mi propio equipo. Ya estaba harta de las sencillas tareas que me eran encomendadas, sentía la necesidad de demostrar que era capaz de algo más.

Al día siguiente me presenté en la sala de interrogatorios número quince, donde se realizarían las pruebas. Cuando llegué allí, vi llena la antesala donde se encontraban los aspirantes. Todos eran hombres, además eran corpulentos y mayores que yo. Algunos me miraron con una sonrisa burlona que hizo que se me encogiera el

estómago. Se me acercó uno de ellos, se trataba del agente Gómez, él sería el encargado de supervisar los interrogatorios.

—Si desea hablar conmigo, tendrá que venir más tarde, señorita. Ahora estoy ocupado —dijo con naturalidad Gómez.

—En realidad, me dispongo a participar en las pruebas —todos rieron ante mi respuesta.

—Lo siento, señorita, pero algo me dice que solo un hombre tendría lo necesario para tratar con esa pesadilla andante que hay tras el cristal —repuso mientras señalaba el cristal que separaba la antesala de la sala de interrogatorios.

—Se trata de un interrogatorio. Se supone que hay que conseguir que el sospechoso hable haciendo uso de cierta inteligencia y perspicacia, no de intimidarle con un teatral y ridículo aspecto de rudeza —insistí furiosa.

—Será mejor que se calme y salga de aquí, señorita. Recuerde que soy su superior —contestó con rudeza.

Me retiré humillada y con el alma en los pies mientras escuchaba cómo imitaban mi voz en tono jocoso.

Pasaron otras dos semanas y nadie parecía capaz de sonsacar aquella información. Me dediqué a curiosear a escondidas sobre los progresos de aquel caso. Conseguí estar tan informada como cualquiera de los investigadores que habían seguido el caso desde el principio.

Un día, mientras Gómez interrogaba al sospechoso, entré en la antesala sin que se percatara y observé a través del cristal lo que hacía. Comprobé que al sospechoso no le asustaba en absoluto la corpulencia de su ya desesperado interrogador.

—¡Cuando vuelva me lo contarás todo! —le gritó encolerizado.

Gómez salió de la sala dejando al criminal esposado a la mesa, así que aproveché su descuido y entré. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años de edad, bastante corpulento y con mirada tenebrosa. Su lenguaje corporal denotaba cierta diversión, incluso rozaba el egocentrismo.

—Increíble, catorce mujeres en menos de un año. No he visto muchos como tú; cuéntame, ¿cuál es tu secreto? —dije fingiendo estupor, aunque en realidad estaba segura de lo que hacía.

—No sé, quizás puedas descubrirlo en tus propias carnes si me sueltas, princesita —me respondió con descaro.

—Vaya, parece interesante. Dime qué harías para divertirte conmigo. ¿Harías lo mismo que con aquellas mujeres, verdad? —respondí dándome cuenta de que él disfrutaba con esto.

En realidad este tipo de hombres se sienten inferiores, esto hace que les guste someter a las mujeres para sentir que poseen el control. Ante tanta prepotencia no me costó conseguir que presumiese de sus “hazañas”.

Cuando llegó el agente Gómez ya tenía toda la información necesaria. Aquel día casi me despiden por incumplir las órdenes, lo que menos me esperaba es que acabaría siendo la primera mujer en la comisaría con un puesto de mando. Algo está cambiando.

SEGUNDOS PREMIOS

Alumna: María Trapero Indaberea

Centro Docente: Mirabal (Boadilla del Monte)

MI PECADO MORTAL: EL VOTO FEMENINO Y YO

Clara miró con recelo a la mujer que se reflejaba en el vidrio plano de plata. Se le antojó extraña. Aquella señorita era su propia faz. Clara rebotó en rabia porque no conocía aquel semblante con la precisión que anhelaba. A penas se miraba cuatro veces al día al espejo, durante menos de diez minutos. Cualquier persona que residiese en su ambiente probablemente la observaría más. ¿Cómo podía ser que sucios arrogantes y extraños conociesen mejor su feo rostro que ella misma?

Tenía una mirada verdaderamente lastimosa. Los años corrían a bailar y morir y su deplorable mirada prevalecía. Era como una maldición.

Se preguntó qué habría sido de su vida si hubiese nacido un poco más bonita. Si al menos, sus ojos hubiesen inoculado calidez y certidumbre. A lo mejor, mientras trabajaba como dependiente de comercio, un hombre se hubiese visto atrapado en la jaula de credulidad y vigor de éstos. Él, habría entrado a comprar una corbata de lino morada. Entonces, la depredadora y confidente mirada de Clara habría atacado a su presa. Él se habría ido sin corbata y sin juicio. Una boda prematura se habría ocasionado. Consumarían el matrimonio trayendo un niño a la vida. Clara ansiaría estudiar derecho, pero tanto las autoridades como su marido le habrían reprochado

cómo a una mujer casada con un hijo se le ocurría si quiera cuestionar aquello. Las mujeres no tienen permitido realizar carreras trascendentales y prolongadas tales como derecho. Si además teníamos en cuenta la situación; una mujer casada, encinta, con un niño y una casa de la que cuidar, las probabilidades que albergaba eran exiguas. Clara habría pasado el resto de su vida procreando la estirpe de aquel hombre, sin voz ni voto, muriendo lenta y dolorosamente.

Por una vez en su vida, se alegró de haber tenido esa mirada desangelada. Si eso suponía poder llegar hasta donde había llegado, entonces, el alma de sus ojos le era indiferente.

El mundo del derecho la apasionaba. Comenzó a estudiar a los 32 años y a los 36 comenzó a ejercer como una de las pocas abogadas en España. Se fue progresivamente involucrando en política. En aquel día, 1 de octubre de 1931, Clara estaba a punto de realizar una intervención en las Cortes para demandar el sufragio universal femenino. Se iba a confrontar con una reconocida diputada, Victoria Kent.

A Clara esto le impactó de una manera cuantiosa. ¿Cómo podía ser que una mujer estuviese defendiendo la postura que la privaba de tener voz y voto? Kent era representante de un partido progresista, el Partido Republicano Radical Socialista. La gran mayoría de partidos progresistas estaban en contra del sufragio universal con la premisa de que: 'la mujer estaba mayormente influida por la iglesia católica y votaría a favor de la derecha'. ¿Eso quería decir que Kent se sentía más progresista que mujer?, que, ¿realmente estaba anteponiendo sus ideales políticos a su condición biológica de fémica, y al reclamo de sus derechos más elementales?, que,

¿la conveniencia política vencería a la justicia? No, claro que no. Clara no estaba dispuesta a permitir aquello.

A veces trataba de abstraerse de su situación, y se daba cuenta de que rozaba el límite de lo absurdo. ¿Por qué si quiera estaba tratando de erradicar el machismo?; ¿por qué si quiera el machismo existía? No recordaba ninguna razón biológica o fisiológica por la que el hombre se tuviese que encontrar en el podio y la mujer a sus pies, de rodillas. Carecía de sentido; nuestra naturaleza es puramente animal, ¿por qué habría que discernir entre mujeres y hombres hasta el punto de pisotear a una de las congregaciones? La lucha por el feminismo *no tendría que existir*. Los conceptos de 'feminismo' y 'machismo' *no tendrían que existir*.

Devoró, conclusivamente, con ojos furtivos e inquisitivos, el espejo. Creyó haber vislumbrado un atisbo mínimo de miedo. Algo que la frenaba; angustia y pánico. Y entonces se rió de sí misma. Miedo había sentido cuando le comunicaron que su padre había fallecido. Miedo había sentido los primeros días que accedió a la universidad, llena de hombres. Miedo había sentido al imaginar su vida casada con un varón que quería una corbata de lino morada. Ahora no tenía miedo. Tenía sed de victoria. Sabía que el triunfo estaba a la vuelta de la esquina, pero que tendría que pagar su precio. Probablemente, no renovarían su escaño más. Intentaría afiliarse a distintos partidos políticos, pero su admisión sería denegada. Incluso se exiliaría. Dicen que el precio a pagar por la libertad suele ser la soledad; quién sabe. Clara iba a padecer una vida dura, pero estaba dispuesta a luchar. A luchar por sus derechos, por su dignidad. Dispuesta a luchar por la chica de mirada cálida que

podría haber llegado a ser y por todas y cada una de las mujeres que ahora son.

Ese era su pecado fatídico: el voto femenino; ella.

En memoria a Clara Campoamor.



Alumna: Carlota Pérez Márquez

Centro Docente: Sek el Castillo (Madrid capital)

LAS HISTORIAS DE MAMÁ

Mi madre siempre me ha educado de una forma distinta al resto, desde pequeña me ha enseñado en lo que consiste la igualdad entre las personas y sobre todo entre los hombres y las mujeres. Cada noche me contaba una historia de una mujer emprendedora que había conseguido triunfar, y siempre cuando acababa de contarme cualquier cuento me daba un beso en la frente y me decía en voz baja “llegarás lejos Lucía”.

Cuando llegaba al colegio y era la hora de hacer equipos, todos los chicos de mi clase se ponían juntos y nos chinchaban diciéndonos que eran mejores que nosotras en todos los aspectos. Y cualquier profesor que tuviésemos en ese momento decía lo mismo sin discrepar los comentarios de aquellos niños. Al llegar a casa yo se lo contaba a mamá y ella me decía que hoy en día –y no sólo en el colegio-, las personas siguen pensando igual: “Un cargo de ejecutivo siempre lo enfocan más en los hombres que en las mujeres y les dan más dinero a ellos que a ellas por un mismo puesto de trabajo” me decía.

Un día, estando en clase de deporte, el profesor dijo que hiciésemos equipos para jugar a un juego coloquialmente conocido como “polis y cacos”, el juego consistía en hacer dos equipos unos pillaban y los otros se escondían. Como siempre, todos los chicos de mi clase se juntaban en un mismo equipo y el resto, que éramos las chicas nos juntábamos en otro, la noche del día anterior mi mamá me contó una pequeña

fábula sobre arriesgarse a cambiar las cosas y enseñarle al mundo las cualidades de cada ser humano, así que me acordé de sus palabras cuando estábamos decidiendo los equipos y decidí cambiar las formas. Cuando propuse mi idea, todos se reían diciéndome que estando chicas y chicos en un mismo equipo no llegaríamos a ninguna parte y no sabríamos coordinarnos, ya que somos de distinto sexo. Insistí. Finalmente el profesor aceptó mi idea por el simple hecho de ver qué podría pasar. Hicimos dos equipos mixtos y empezamos a jugar. Nosotros éramos los “cacos” y el otro equipo eran los “polis”; comenzamos todos a correr mientras los polis contaban hasta diez. Las chicas de mi equipo eran muy curiosas, lo que significaba que sabían una variedad de escondites muy buenos donde ocultarse y a los chicos les parecieron muy adecuados. Cuando ya estábamos todos ocultos, mi amigo Javi nos dijo que éramos muy listas y que el escondite en el que estábamos era estupendo, y nosotras comenzamos a reírnos. Cuando tuvimos que salir del escondite e ir a salvar a los compañeros de nuestro equipo que estaban pillados por los contrarios, los chicos nos enseñaron varias formas para esquivar y distraer al otro equipo, y poder así liberar a nuestros compañeros. Finalmente acabamos ganando y el profesor y los otros alumnos se quedaron atónitos de lo bien que nos habíamos coordinado unos con otros, gracias a mi idea. Nos dimos cuenta de que mezclados somos mejores que separados por sexo, que nuestras cualidades se complementaban. Cuando se acabó la clase, mis compañeros me dieron la enhorabuena por cambiar las normas habituales y dijeron que gracias al juego habían descubierto que todos somos iguales, que no hay mejores ni peores; que estando juntos se combinan las habilidades de cada uno y así somos extraordinarios, sin tener que discriminar o etiquetar a alguien según su sexo, su color de piel o sus creencias.

Al llegar a casa le conté a mi mamá lo ocurrido en el colegio y cuando llegó la hora de acostarme y de escuchar una nueva historia, mi madre me dijo: “hoy no te cuento una historia Lucía, hoy la historia la has hecho tú.”



Alumna: Irene Arjona Peña

Centro Docente: Salvador Allende (Fuenlabrada)

EL SUEÑO DE ALEX

Alex a sus quince años de edad soñaba, como sueñan todos. Soñaba con volar, ser libre, poder con la gravedad. Soñaba con que se despertaba temprano, cuando apenas se han encendido las luces, e iba con su padre al río a pescar, solo ellos dos, para pasar tiempo juntos, como tantas veces había prometido y jamás había cumplido. Soñaba con el fútbol, su gran pasión, el césped, la portería, el espíritu de equipo, las gradas aclamando y en su cara una sonrisa. Soñaba, y soñaba, pero de momento las cosas solo eran eso, sueños.

Aquella mañana Alex había vuelto a soñar lo mismo, que era futbolista, una estrella, aparecía en la televisión y los titulares de los periódicos llevaban su nombre. Sabía con certeza que aquello algún día dejaría de ser un sueño y se esforzaría por ello. Apagó el despertador y se levantó con pereza, pero con ganas de comerse el mundo, porque Alex era así, la positividad personificada. Justo antes de salir de casa se atavió con sus zapatillas, colgó su mochila de su hombro izquierdo y salió de casa camino al instituto.

Las mañanas siempre eran iguales, las mismas caras de siempre, los profesores y sus voces monótonas. Lidia Álvarez con su chillona voz y risa histérica tratando de llamar la atención en clase, Eric López durmiendo en última fila, Sara Mangas intentando ver la pizarra sin ponerse las gafas porque según ella no le quedaban bien. Y Alex estaba allí, como cada día, en el asiento al lado de Aaron, su mejor

amigo desde que tenía memoria. Con él había vivido prácticamente todo, y ya pateaban balones juntos cuando apenas tenían cinco años y las porterías eran dos palos clavados en el suelo del parque. Tenían clase de Lengua, y debían leer en alto sus redacciones que habían hecho la semana pasada con el tema “*Que quiero ser de mayor*”, Alex odiaba aquello. Siempre que decía que quería ser futbolista todos saltaban con lo mismo; que si no tendría futuro como eso, que solo era un sueño adolescente, que en el fútbol solo triunfaban algunos, y que sin duda a Alex le faltaba algo esencial para poder llegar a algo en un mundo como aquel. Por eso decidió que sería mejor hacer una redacción sobre que quería ser policía, que podía ser mentira, pero a la larga solo era una redacción, y no tenía que contarle a los demás lo que realmente le gustaba.

Alex salió del instituto a última hora con todos aquellos pensamientos rondando su cabeza, a lo mejor la gente tenía razón y debía ser realista y saber que jamás podría ser futbolista. Podía dedicarse a la biología, le gustaban los animales, y sus notas en Ciencias Naturales no eran malas... ¿Pero era eso lo que realmente quería? Solo había una respuesta a esa pregunta, y Alex sabía perfectamente que esa respuesta era no. Miraba sus pies mientras caminaba cuando escuchó que gritaban su nombre.

— ¡Alex! ¡Alex! ¡Alexandra, espérame! — gritaba Aaron a sus espaldas.

Alex se giró lentamente encontrando a su amigo corriendo para alcanzarla.

— Me ha dicho el entrenador que te lo de — dijo tendiendo un papel a su amiga —. Si consiguen gente suficiente puede que hagan un equipo femenino este año — decía sonriendo.

— ¿Entonces no puedo jugar en vuestro equipo? — preguntó Alexandra desilusionada.

— No... Pero bueno, seguro que muchas chicas se apuntan.

Era injusto, ella jugaba por las tardes, y en los recreos con ellos, y eran tan buena, o incluso mejor que la mayoría ¿Por qué no la dejaban jugar con ellos?

¿Solo por ser una chica? ¿Solo por eso tenía que renunciar a su sueño? Nadie tiene en cuenta a los equipos de fútbol femenino, era imposible que llegase a ser una futbolista famosa, nunca reconocerían su talento, ni llevarían camisetas con su nombre a la espalda, ni jugaría con todos aquellos deportistas a los que ella admiraba. Y solo por esa chorrada.

— Bueno, tal vez me apunte. Pero por las tardes seguiré dedicándome a dejaros por los suelos a ti y a todo tu equipo — bromeó Alex con una sonrisa.

— No lo pongo en duda — respondió Aaron echándose a reír también.

Alexandra a sus quince años de edad soñaba, como sueñan todos. Soñaba con volar, ser libre, poder con la gravedad. Soñaba con que se despertaba temprano, cuando apenas se han encendido las luces, e iba con su padre al río a pescar, solo ellos dos, para pasar tiempo juntos, como tantas veces había prometido y jamás había cumplido. Soñaba con el fútbol, su gran pasión, y que algún día el mundo cambiaba para así poder dejar de soñar y empezar a hacer todas aquellas fantasías realidad.

Alumna: Ana Coedo Cañón

Centro Docente: Asunción Cuestablanca (Madrid capital)

DESTINO ¿UNA UTOPIÍA?

El cielo estaba totalmente destapado y los intensos rayos de sol conseguían penetrar hasta abrasar. Los comerciantes del zoco dormían la siesta aprovechando que el mercado se encontraba desierto a esas horas. En una casa de cal con las ventanas muy pequeñas y situada cerca de la mezquita principal, una mujer recoge la casa. Joven, demasiado para tener las manos tan callosas. Bella, pero escondida entre su capa color de cuervo. De ojos azules como el Caspio, con venitas rojas alrededor del iris de tanto llorar y sufrir, con la mirada cristalina y perdida. Una mujer inteligente y con inquietudes pero insegura de si misma..

Su sueño de pequeña era poder estudiar al igual que lo hacían sus hermanos mayores. Ellos la enseñaron a leer y a escribir, herramientas que la hicieron un poco mas sabia y confiada, sin embargo, la oportunidad de hacer uso de ellas como se merecían se olvidó de parar en su vida.

Fue casada en tiempos de penuria para su familia, en los que la necesidad de dinero la llevó a tener que compartir su vida con un hombre bastante mayor que ella. Se quedaba en casa todo el día anhelando el momento de salir al zoco a comprar la comida. El ruido de la calle en horas transitadas le hacía perderse en si misma y sentirse insignificante en un mundo tan grande. Se olvidaba de todo por unos

instantes y se concentraba en aspirar cada aroma y observar cada tenderete, fijando en su memoria cada color, cada textura... pequeños momentos de felicidad.

Se sentía sola, en ocasiones demasiado. Su esposo pasaba todo el día fuera y cuando llegaba a casa tras un día largo, ella se encargaba de atenderle. Aguantaba los malos modos sin decir palabra y esperaba con anhelo el momento para poder retirarse a su colchón, donde reponía las pocas fuerzas que le quedaban para levantarse al día siguiente.

* * *

El ruido del tráfico mañanero marcaba el inicio del día para ella. Tomaba una ducha rápida nada más levantarse, se arreglaba, pegaba dos mordiscos a la tostada y un sorbo y medio al café y se iba a trabajar.

Tenía unos ojos interesantes a la par que penetrantes enmarcados en un rostro al que le empezaban a salir sus primeras arrugas. Dedos largos y finos con uñas muy cuidadas. Mujer de traje impoluto y tacones de charol.

Aparentemente una triunfadora. Sin embargo, había empleado mucho tiempo en construir su coraza. Un caparazón que ocultaba a la mujer insegura y débil que realmente era. Con autoestima apenas existente y personalidad maleable. Algo que, en un mundo de hombres como es la bolsa, no le convenía mostrar. Resignada a estar desplazada a un segundo plano en su profesión, tenía que aguantar las críticas constantes de un jefe que aún veía con desconfianza el rol de la mujer en el mundo laboral, y más aún en un trabajo tan agresivo como era ser broker de las finanzas.

No sentirse realizada profesionalmente provocaba que engrosase su coraza, evitando de esa manera entre otras cosas, enamorarse. Al acabar su jornada todos los días se estiraba la chaqueta, se colocaba el pelo y salía taconeando al mundo real, donde aparentemente llevaba el bolso rebosante de éxito.

Llegaba a casa y cambiaba su look de ejecutiva por el propio para dormir. Cenaba y se acostaba relativamente pronto. Arrojarse con la manta hasta la boca le aportaba la seguridad que su jefe le arrebatava y dormir, la esperanza de que a la mañana siguiente sería capaz de imponerse a un mundo laboral según ella “dominado por hombres”

* * *

Comenzaba a salir el sol en dos lugares del mundo muy diferentes.

En uno de ellos los rayos se intentaban colar por las rejillas de la persiana y alumbraban objetos como unos tacones de charol negros en el suelo.

En el otro, la luz se insinuaba por la ventana de una casita de cal.

Ambas mujeres le daban la espalda a la claridad para poder descubrir el final de un sueño tan placentero como el que estaban teniendo. En él, aparecía una mujer libre y segura, superando las trabas y obstáculos de su vida, muy querida por su familia y respetada por todos. Con una mirada clara, sincera y limpia. Realista pero con un punto de inocencia, ambiciosa... Una chica muy positiva, con ganas de cambiar el mundo en la medida de sus posibilidades... Una persona FELIZ.

Ambas mujeres cuyos nombres no importan ahora soñaban con la igualdad. ¿Una utopía? Puede que para algunos, pero si todos juntos luchamos en la misma dirección, podremos convertir esa utopía en una realidad que brille con fuerza en la vida de cada uno.



Alumna: Andrea de Santiago Pascual

Centro Docente: Sagrado Corazón de Jesús (Alcalá de Henares)

UN CAMBIO EN LA HISTORIA

14 de marzo de 1936, yo tendría unos seis años cuando encarcelaron a mi padre. Es como una película donde todo el mundo ya tiene su papel, sin poder cambiar su destino, porque la sociedad juega en su contra. Una sociedad donde los hombres gobernaban el país como líderes. Nosotras, las mujeres, nacíamos para cuidar a nuestros hijos, hacer la compra, lavar, planchar...

Mi padre había sido encarcelado injustamente y eso yo lo sabía. Desde ese momento supe que quería ser abogada, para combatir las injusticias y defender los derechos.

Mi mejor amigo se llamaba Mario, tenía la misma edad que yo. Quedábamos a jugar casi todas las tardes en un parque, media calle más abajo de mi casa. Por la mañana él iba a la escuela mientras yo ayudaba a mi madre en la lavandería. Él me contaba cosas fascinantes que había aprendido. Nunca entendí por qué no podía ir con él a aprender esas cosas. Por las tardes, en vez de ir al parque donde jugábamos a piratas, íbamos a una plaza que estaba a dos manzanas de mi casa, nos sentábamos en un banco de piedra, rodeados de almendros; delante del banco se formaban siempre charcos de barro, debido a la fuente, donde se posaban las golondrinas a beber agua. Era una plaza solitaria, por eso nos gustaba ir allí, donde no nos veía nadie.

Un día de camino a la plaza, le conté que quería aprender a leer y escribir. No le agradó la idea pero accedió. Él me enseñaría pero no lo podría saber nadie, yo acepté. Aprendí a sumar, restar y multiplicar, todas las tardes nos escapábamos para aprender alguna cosa más; creo que me llegué a enamorar.

Teníamos diecisiete años cuando una soleada tarde me vino a buscar, diciendo que teníamos que charlar de un asunto importante, llegamos a nuestro banco. Ese lugar que guardó nuestro secreto durante todos esos años. Mario se puso serio y de sopetón me dijo que no podía seguir enseñándome, sus padres habían conseguido el dinero para que fuera a la universidad a estudiar medicina. Desde pequeño había querido seguir los pasos de su padre. Quería licenciarse en medicina e irse a la guerra a salvar vidas.

Eso me destrozó. No sólo perdía a un amigo, perdía el amor de mi vida. No me podía permitir perder mi sueño al mismo tiempo. Le conté que quería ser abogada. Se quedó serio y simplemente se levantó me dio un beso en la mejilla izquierda y me dijo: “No hagas tonterías. Sabes de sobra que te tomarían por loca”. Aquellas palabras me dolieron pero no interrumpieron mi sueño. Tras un caluroso verano en el cual me llené de sudor y me dejé la piel para conseguir dinero; trabajando en la lavandería y de ama de llaves, había ahorrado el dinero para ir a la universidad. El nueve de septiembre de 1957 me presenté en la universidad Complutense, me pareció enorme, podía respirar la cultura y la historia. Subí a las escaleras blancas y rosadas de mármol y llegue a una especie de recepción; notaba ser el centro de atención de todos los ojos de la sala. El hombre de la recepción, era un hombre serio, tenía una dentadura brillante, un pelo perfectamente engominado y un traje

negro acompañado de una corbata roja. Le entregué un sobre, notaba su asombro, al abrir el sobre se quedó estupefacto y me hizo una breve y simple pregunta: “¿Qué pretende señorita?”, yo me limité a responder: “Estudiar”; noté como me temblaba la voz y a la vez como el hombre tan elegante que tenía enfrente esbozaba una pequeña sonrisa a la vez que me decía: “Usted se equivoca, las mujeres no pueden estudiar”. De repente, un incómodo silencio llenó el espacio y al segundo todos los espectadores se empezaron a reír, escuchaba como un hombre me llamaba loca a la vez que me señalaban y gritaban: “las mujeres debéis cuidar la casa, no estudiar”. Sólo pude salir corriendo, sentía que mi sueño se derrumbaba y sólo se me ocurrió ir al lugar donde todo había comenzado, en aquel banco. Un hombre mayor de unos cincuenta y tres años se sentó a mi lado. Sus pantalones de pana marrones y un jersey rojo, su pequeña barba y las gafas redondas me transmitían confianza, recuerdo perfectamente la conversación que tuvimos. Comencé a contarle mi vida y a hablar sincerarme con él, le conté que Mario me había enseñado las cuatro leyes: a sumar, restar, multiplicar y dividir y también a escribir y leer. Cada palabra que escuchaba le sorprendía más. Durante varios meses me estuvo enseñando leyes y derecho, aquel mundo me parecía fascinante. Decidí que me iba a presentarme a los exámenes para obtener el título legal de abogada. Así que trazamos un plan para que no se dieran cuenta de mi sexo.

Una semana después salía de mi casa con un traje negro y zapato de charol, un bigote postizo y unas cejas pintadas que doblaban las mías, llevaba el pelo recogido y tapado por un sombrero. Llegué a la universidad y el mismo recepcionista de la última vez me indicó por donde subir, me senté en una silla de la última fila, de reojo observé que aquel señor que me estaba ayudando a realizar mi sueño me guiñó un

ojo, estaba muy nerviosa y sentía mucha presión a la vez que ganas y entusiasmo. “Adrián Gálvez”, me llamaron. El examen era oral y constaba de cinco preguntas. Lo realicé con soltura, cuando el tribunal fue a felicitarme por la excelencia de mis argumentos, me dispuse a quitarme el sombrero y el bigote falso y me limité a decir: “Mi nombre no es Adrian, es Ariadna Gálvez y soy una mujer”

Había creado mi propia revolución. Esta es mi vida, mi historia.



TERCEROS PREMIOS

Alumna: Sandra Romero García

Centro Docente: Iturralde (Madrid capital)

SACRIFICIO Y RECOMPENSA

Diane ya estaba lista para partir.

Después de mucho reflexionar había decidido que ella marcaría un antes y un después en la historia de la humanidad.

Era una chica francesa que se había criado con sus tíos desde los dos años al haber perdido a su madre en un accidente provocado por un alud y no saberse nada de su padre. Ahora tenía 17 años y era toda una mujer. Vivía en una modesta casita en Arthel un pueblecito de la provincia de Nièvre, con sus tíos y su primo Thibaut.

Desde que tuvo uso de razón había querido ser médico para poder salvar vidas. Aunque su madre murió cuando ella era muy pequeña, había deseado una y mil veces dar marcha atrás en el tiempo y volver a aquella tarde para evitar que muriera y ahora poder estar junto a ella.

Al comenzar la Primera Guerra Mundial, conocida como la Gran Guerra por su magnitud, Diane tuvo el presentimiento de que podría ver su sueño cumplido.

Mandaron a Thibaut al frente, como a muchos otros jóvenes que ya estaban en edad militar y a ella la llevaron a una fábrica, por falta de mano de obra masculina, que se encontraba en los campos de batalla. Diane no quería estar ahí perdiendo el tiempo, ayudando a producir objetos que lo único que conseguían era destruir vidas, algo que odiaba fervientemente.

Una mañana, aprovechando que los militares venían a recoger a los soldados que recientemente habían cumplido los dieciocho años, se camufló como pudo y se metió en el camión que los llevaba hacia el frente. Todo lo había estado planeando desde hacía unas semanas: se cortó el pelo para poder parecerse más a un muchacho; se guardó en una mochila un uniforme militar que su primo tenía guardado en caso de emergencia y se llevó todos los instrumentos de medicina de los que disponía, que había cogido de una de las únicas fábricas que todavía no habían sido reconvertidas.

Al llegar a los campamentos, Diane estaba emocionadísima, porque, por fin, podría ejercer la medicina y evitar muchos de los daños que la guerra estaba causando. Ella, aunque aún era joven, había estado practicando con el médico del pueblo desde los doce años y ahora sabía perfectamente cómo coser una brecha, cómo cortar una hemorragia...

Permaneció unos días con el grupo de jóvenes con los que había viajado siguiendo instrucciones sobre cómo debían defenderse en caso de que les atacaran con una bayoneta o con un obús; sobre cómo esconderse en caso de que los enemigos fueran superiores en número, y todo lo necesario para poder sobrevivir.

Una semana más tarde, como ella imaginaba, los mandaron a las trincheras. Había estado ayudando en lo que podía en los campamentos pero, donde de verdad necesitaban ayuda era allí, en el lugar donde miles de personas ya habían perecido.

Los días transcurrieron y las cosas cada vez se ponían más difíciles. Aumentaban los heridos y ella sola no podía atenderlos a todos. Evitaba por todos los medios que se dieran cuenta de que era una mujer porque la echarían de allí, pero un día en el que las cosas se le fueron de las manos, al quitarse la chaqueta del uniforme, uno de los soldados no pudo evitar fijarse en algo que no era muy usual ver por allí. El soldado se quedó de piedra y quiso llamar a un oficial para que se llevara a Diane, pero ella le pidió que primero la escuchara y después decidiera qué hacer. Le contó toda su historia y todo lo que había sufrido para llegar hasta donde se encontraba. Que por fin estaba cumpliendo su sueño y que esto era lo que de veras quería. Max, que así se llamaba el soldado, aceptó que se quedara pero con la condición de que no saliera de la trinchera, ya que ella era más valiosa dentro que fuera.

Todo ocurrió muy rápido.

Diane estaba durmiendo una de las pocas noches en las que no había movimiento cuando, de repente, oyó a alguien gritar. Salió de la trinchera, algo que tenía prohibido, para ver de quién se trataba. Era un soldado del ejército alemán, que había sido herido por una bayoneta. Sabía que no debía acercarse al enemigo y menos desarmada, pero no podía dejar al pobre hombre desangrarse, así que le hizo un tapón con tela de su propio uniforme no sin antes desinfectarle la herida.

Al mirarlo se quedó sin habla. No podía ser. Era su padre. Nunca le había conocido pero había visto fotos y conocía perfectamente su rostro. Se le escaparon unas lágrimas. El soldado también se había quedado de hielo: esa chica, la que le estaba salvando la vida, era idéntica a su amada, la que había dejado en Francia años atrás, sin saber que esperaba una hija. Pero, como muchas veces en las que el destino es cruel, una bala le dio a Diane justo en el corazón. Su padre gritó, sus compañeros salieron a defenderla, tarde, pero salieron.

Después de que terminara la Gran Guerra y de que los compañeros de Diane que habían sobrevivido contaran su historia, se les permitió a las mujeres ingresar en el ejército. Porque Diane logró cosas tan importantes como un hombre y todos tenemos los mismos derechos independientemente del sexo.

Alumna: Claudia Fernández Amores

Centro Docente: Primero de Mayo (Madrid capital)

EL PARTIDO DEFINITIVO

6 de noviembre de 2015

Mi nombre es Fátima. Hoy empiezo a escribir este diario sobre mis clases durante todo este curso. Es algo curioso, este año somos todo chicas en mi clase; es muy interesante; me recuerda a esos colegios internos de monjas.

Hoy, en la tutoría que tenemos cada semana, nuestro tutor nos ha propuesto que buscáramos temas para debatir en clase.

Empezó Bianca proponiendo “la anorexia y la bulimia”; luego Esther dio la idea de hablar sobre “violencia de género”, y, por una vez, me animé y propuse el tema “¿por qué las chicas no jugamos al fútbol en el recreo?”.

13 de noviembre de 2015

El tema de hoy fue “la violencia de género”. Vino una asesora del Espacio de la Mujer a darnos una charla. Era muy interesante y me quedé impactada por todos esos asesinatos de mujeres a manos de sus parejas.

La próxima semana debatiremos sobre mi propuesta. Para señalar alguna cosa concreta, me dedico a observar a la gente en el recreo; me he fijado en que solo juegan chicos y solo los más mayores.

Voy preguntando a algunos muchachos qué piensan sobre que las niñas jugásemos con ellos; enseguida se ríen; qué ignorantes. Algunos decían que no sabemos jugar; otros, que eso es de “machorras”, que nosotras teníamos que ser femeninas.

Pues yo voy a demostrar que eso es mentira y que les podemos ganar si nos lo proponemos. Y que practicar un deporte, el que sea, no significa que seamos poco femeninas.

20 de noviembre de 2015

Eran las once y cuarto; salimos de clase de Historia y fui corriendo hacia el despacho de Pilar, la conserje, donde se guarda un balón para jugar al fútbol. Lo cogí y salí al patio. Al poco rato salieron los chicos y me vieron con la pelota en las manos mientras dos niñas de mi clase decidían cuáles serían los equipos. Mario, uno de los muchachos, me miró con cara de enfado, pero yo no le quité la mirada. Se estaba acercando hacia nosotras y con un tono burlón se empezó a reír. Sus amiguitos le imitaron. Me harté y les reté a un partido: si ellos ganaban, a partir de ese momento les dejaríamos jugar tranquilos, y si nosotros ganábamos, podría jugar siempre todo aquel que quisiera.

27 de noviembre de 2015

Hoy es el día del partido, me pongo mi camiseta del Real Madrid y voy muy ansiosa a clase. Llevamos toda la semana entrenando para este día.

Saltamos al patio todas juntas como un equipo. Roberto silba y el partido empieza. Juan marca el primer gol. Las chicas cogemos el balón. Rocío corre por la banda

izquierda, se la pasa a Soraya, que tira y... ¡GOL! El tercer tanto es de los chicos, un estupendo cabezazo de Carlos al pasar la media hora del recreo. Roberto vuelve a silbar. Dos a uno. Ya está. No ha estado nada mal, pero vamos hacia clase un poco deprimidas.

Mario viene corriendo. Con una sonrisa muy diferente a la del otro día. Nos dice que podemos jugar cuando queramos, que ha sido genial. Nos damos la enhorabuena. Todas estamos muy contentas. Nuestra meta ha sido superada con éxito. Y este no será el último de nuestros propósitos de este curso.



Alumna: Lucía Palacios Palacios

Centro Docente: Mirabal (Boadilla del Monte)

ENTREVISTA

No puedes dejar de mover el pie por debajo de la mesa. Los nervios te están comiendo por dentro. Las manos chorrean sudor. Decides limpiarlas en la falda. Quizás no fue buena idea hacerlo. Te levantas, das vueltas por la habitación y decides volver a sentarte. Apenas quedan unos minutos para que la puerta blanca se abra y la secretaria pronuncie tu nombre. Aprietas los puños. ¿Qué hago? Te preguntas. Pero ya sabes la respuesta.

Ni siquiera recuerdas por qué te presentas a esta estúpida entrevista. Ah, es verdad, necesitas el trabajo. Aunque sea raro que una mujer quiera tener esta profesión. Da igual, lo único que buscas es el dinero. ¿Qué clase de mujer se presentaría a un puesto de contable? No conoces a ninguna que lo sea o que haya intentado tener un lugar en ese campo. Hay que tener valor. Y eso es justo lo que te falta. Sientes un escalofrío recorrer tu columna vertebral. Respira. Vamos.

Recuerdas los días previos. Los montones de facturas en la mesa. Números rojos. Sopa día tras día. Las marcas moradas bajo los ojos. Miradas inquisitivas. Llamadas continuadas del banco. Las conversaciones con tus amigas. “Estás loca de remate. Pero, por si acaso, ábrete la camisa”. Tiembles sólo de pensarlo. Te lo repites otra vez. Tengo que conseguirlo, lo necesito. La cara de Eve viene a tu mente. Tu niña. Hazlo por ella. Inevitablemente también recuerdas a su padre. No. Borra ese rostro de tus pensamientos. Él es la última persona que debe ocupar tus pensamientos.

Después de que os abandonara. Sin embargo, tú aún mantienes la esperanza de que vuelva.

Oyes un taconeo que se aproxima hacia la temida puerta blanca. El pomo gira y puedes ver perfectamente a la secretaria. Blanco y negro. Coleta rubia. Mirada inexpresiva. Cuerpo torneado. Piel dorada. Es preciosa. Un sudor frío empapa tu frente. No eres ni la mitad de atractiva que ella. El nerviosismo va a en aumento y la esperanza se desvanece según avanzan los segundos.

- ¿Usted es Nina Badits?

- S...Sí, así es – titubeas.

- Acompáñeme, por favor.

Llegas al despacho. Un hombre moreno está sentado. Traje azul impecable. Pelo impoluto. Sonrisa blanquísima. Uñas mordidas.

-Siéntese, si es tan amable.

Sus ojos te examinan de arriba abajo. Se paran justo en un punto bajo tu barbilla. Asiente y entrelaza las manos.

-Bien Nina, ¿está segura de que quiere este trabajo?

-Sí, lo es...estoy- te tiembla la voz. Sientes las mejillas arder.

-¿Cree qué está preparada para trabajar para nosotros como contable?-pregunta con superioridad. Se relame los labios.

-Sí- tu pie sigue moviéndose.

-Pero, como bien sabe, usted es la primera mujer en solicitar este puesto en nuestra empresa. No teníamos ninguna intención de concedérselo. Aunque siempre se pueden hacer excepciones, ya sabe.-te guiña un ojo.

Te quedas completamente en blanco. No eres capaz de articular ninguna palabra al respecto. El color se escapa de tu cara.

-Querida, ¿no tendrás ningún problema con eso, verdad?

Has pasado por mucho y esta no va a ser una humillación más. Porque tienes una dignidad que defender. No te van a volver a pisotear.

- Buenas tardes – mantente erguida y continua hacia delante.

Ni siquiera giras la cabeza para despedirte de la secretaria. Llegas a la calle. El viento gélido golpea tu piel. Las lágrimas comienzas a derramarse por tus ojos. Están calientes. Impotencia. Frustración. Sí.

Caminas por la calle. Rápido. Más rápido. Te quitas los zapatos. Eran incómodos. Un nuevo sentimiento florece en ti. Una sonrisa aparece. Te sientes libre. Corres. El viento es fuerte. Pero tú más. Has decidido no someterte. Encontrarás una salida. Lo harás. Nadie puede usarte y tú no puedes dejar que lo hagan. Libre. Te sientes libre.

Alumna: Verónica Gutiérrez Castro

Centro Docente: Ana María Matute (Velilla de San Antonio)

”SUPER” MARIO BROSS Y LA PRINCESA RESCATADA

- De un empujón la quitan de en medio – comentó la niña.

Había visto en la pantalla cómo habían apartado a la princesa de los superhéroes fontaneros, como si no valiese nada y cómo el malo del videojuego se preocupaba más por mantener a raya a los protagonistas masculinos que del bienestar de la princesa.

- ¿No ves que esa princesita que viste seda rosa, con su coronita dorada y labios rojizos no pinta nada en el juego? Ni es fuerte, ni se mueve rápido, ni es ágil. Es una chica, simplemente – replicó el padre chistoso levantando la comisura de los labios cual arlequín y acariciando el pelo rubio de su hija.

- Pues en eso te equivocas – replicó la niña. Para empezar, es la única mujer que aparece en este juego, la típica damisela en apuros: indefensa, inocente, frágil y desamparada. Parece que necesita de los hombres para sentirse segura. ¿Te has fijado, papá de cómo la han vestido? Con ese trajecito rosa chicle y el pelo rubio como el de una Barbie. Me recuerda al estereotipo de “las rubias son tontas”, mujeres que no piensan ni deciden por sí mismas, mujeres que se dejan arrastrar por el típico “malote” y solo se destaca su actitud pasiva y sumisa. Peach, la rubia oxigenada, hasta el nombre de “melocotoncito” me parece ridículo. Al menos, ella no

pide ser rescatada. A lo mejor prefiere ser apartada y no tomar partido. ¿Quién ha decidido que quiere ser rescatada?

Los creadores del videojuego podrían haberle dado una personalidad que no se ajustara a su nombre, sino que pudiera ser el fiel reflejo de una mujer actual: activa, inteligente, independiente y compañera del hombre.

¿Por qué en este videojuego solo aparece un personaje femenino? ¿Por qué, además, solo es una víctima sin voz ni voto? ¿Por qué ella va disfrazada cuando los demás visten con monos de trabajo? Así se forja el estereotipo, aquí comienzan las desigualdades de género. A partir de un simple videojuego la mujer queda considerada como un mero objeto ornamental. Los personajes masculinos, por el contrario, replican y actúan ante los obstáculos del antagonista.

Este videojuego es plenamente sexista, papá. Afortunadamente, la sociedad está cambiando, ¿no crees? Es cierto que siguen existiendo hombres machistas y mujeres sumisas pero avanzamos como videojuegos de plataforma hacia la igualdad.

En fin, no entiendo por qué si estamos avanzando nos siguen presentando estos estereotipos que no dan ningún valor a la mujer – argumentó la niña.

- Tienes razón, cariño, pero la sociedad en la que nos hemos educado todavía no ha cambiado del todo. Los roles siguen siendo los mismos pero con el tiempo cambiarán – comentó el padre-. Y, ahora, pon la mesa que tu hermano está estudiando.

- Pues no es justo...- replicó la niña, pensativa.

Alumna: Sara Nigorra Vázquez

Centro Docente: Nuevo Equipo (Madrid capital)

UN DÍA, UNA MUJER

Es lunes; como cada día, el despertador suena a las seis y media de la mañana. Se siente muy cansada. Una ducha le sirve para ponerse en marcha, tiene por delante otro largo día. Ya escucha el llanto de Pablo, su hijo pequeño. Su llanto despierta a Marta y al mayor, Jorge. Mientras les prepara el desayuno, también les ayuda a vestirse y a preparar las mochilas del colegio. De fondo se escucha la ducha y la radio, es su marido que se acaba de levantar. También a él le preparar el desayuno. Veinte minutos después él sale de casa con sus tres hijos, todos le dan un beso al marcharse de casa. A Teresa todavía le queda un rato antes de salir a la oficina, el suficiente para recoger el desayuno, hacer las camas y dejar el almuerzo preparado para sus tres hijos y su marido. Deprisa se arregla, se echa antiojeras para disimular su falta de sueño y a las 7:45 está en la parada del bus. Solo hay un coche en la familia y siempre se lo lleva su marido. Trabaja como administrativa en una consultora y pasa las ocho horas de su jornada laboral rodeada de compañeros, hombres, que cobran un treinta por ciento más de sueldo que ella por hacer su mismo trabajo. Cuando lo piensa se le ponen los pelos de punta pero sigue adelante, no puede permitirse el lujo de quedarse en paro. Aprovecha sus treinta minutos del almuerzo para hacer la lista de la compra y pensar en los menús de toda la semana. También llama al centro de salud porque a Pablo le toca la revisión de los tres años y a Marta la vacuna de los siete. Tampoco olvida que Jorge tiene un cumpleaños y tiene que comprar el regalo. Hoy no puede entretenerse ni un minuto a la salud de la

oficina, tiene reunión a las cinco con la tutora de Marta, se le han atragantado las matemáticas. Ya de paso recoge a sus tres hijos del cole. Ese lunes, Pablo y Jorge tienen fútbol y Marta piano. En esa hora hace la compra de la semana. Mientras está en el mercado recibe una llamada de su Juan, su marido: “mi día bien, he tenido una comida de trabajo, vuelvo ahora a mi despacho y cuando salga me voy a jugar al pádel, llegaré para cenar”.

Son las siete de la tarde y Teresa y sus hijos ya están en casa. Teresa prepara un puré de verduras mientras repasa la tabla del siete con Marta, ayuda a Jorge a aprenderse las capitales de los países europeos y pone a Pablo a dibujar. Es la hora del baño, Jorge y marta se duchan solos, ella ayuda a Pablo. Juan todavía no ha llegado. Termina de preparar la cena y va dando a los niños de cenar; suena la puerta. Son casi las diez. Los niños están a punto de irse a dormir, su padre les lee un cuento y les da un beso. Teresa debería salir a correr, pero está agotada. No puede más, lo deja para otro día. Juan y ella se sientan a cenar. Hay fútbol. Juan parece que no tiene muchas ganas de hablar. Teresa recoge la cocina y se va a la cama., intenta leer el periódico, pro el sueño puede con ella.

Es martes. El despertador vuelve a sonar a la misma hora. Teresa se siente cansada. De repente se acuerda de su madre preparándole la merienda después de llegar del colegio. Se siente muy orgullosa. De su madre. De ella misma.

